



CONVERTIR EL CORAZÓN



Fiesta de Nuestra Señora de los Dolores
15 de septiembre



EN EL MONTE ALTO DE LA ORACIÓN

Para reflexionar en el silencio interior

P. Gustavo Eugenio Elizondo Alanís



«Al ver a su madre y junto a ella al discípulo que tanto quería, Jesús dijo a su madre: “Mujer, ahí está tu hijo”. Luego dijo al discípulo: “Ahí está tu madre”. Y desde entonces el discípulo se la llevó a vivir con él» (Jn 19, 26-27).

Madre mía: el día de hoy la Iglesia celebra como fiesta litúrgica tu advocación de Nuestra Señora de los Dolores. Se nos viene a la imaginación tu rostro derramando lágrimas, y siete espadas atravesando tu corazón. También la imagen del Calvario, estando tú firme, al pie de la cruz, con San Juan y las Santas mujeres, aceptando el sacrificio de tu Hijo, en ofrenda al Padre por la salvación de todos los hombres. Y reconocemos nosotros que no hay dolor comparable a tu dolor.

Por eso cuesta mucho celebrar este día de dolor como fiesta. A mí me gusta felicitarte cada vez que la Iglesia celebra tus privilegios, los grandes momentos de tu vida que recoge el Santo Evangelio, y tantas advocaciones tan bonitas que hay en el mundo entero.

Pero, recordando los dolores de tu Corazón Inmaculado ¿te puedo felicitar?

Hijo mío: celebramos hoy el triunfo de mi Corazón Inmaculado, que ha sido probado en el sufrimiento y el dolor hasta el extremo, al pie de la cruz, y que continúa hasta el día de hoy.

Por supuesto, hijo mío, puedes felicitarme.

Debes ver, a través de mi sufrimiento, la gloria de Dios, por tantos hijos míos que se convierten, por los méritos de las lágrimas derramadas de mis ojos, que suplican: “¡Misericordia, Señor, misericordia!”

Mi sufrimiento, hijo mío, está unido al profundo gozo de mi corazón. No sufro en un momento y gozo en otro. El gozo es eterno, no así el sufrimiento. Por tanto, mi corazón es siempre gozoso desde el día de la resurrección.

Pero ¡cuánto sufre mi corazón, y sufrirá, hasta el último día!

Porque después de la justicia del Señor nadie podrá ofenderlo más, nadie pecará jamás.

Pero hoy sufre mi corazón por tantos hijos míos que abandonan a Dios, especialmente por aquellos que han jurado amarle y han decidido su vida entregarle, que han dicho “sí” y han jurado fidelidad, y después lo han traicionado, lo han dejado solo, lo han abandonado.

Lo hicieron sus mejores amigos, sus apóstoles, y lo hacen también el día de hoy.

De todos aquellos que lo seguían, que lo alababan, que lo adoraban, tan solo uno permaneció. Y por ese uno, a toda la humanidad, como hijos, el Señor me entregó, y a su cuidado me confió.

Contempla, hijo mío, mi dolor. Sufre conmigo, compadece mi corazón. Contempla a tu Señor crucificado, y dime: ¿merece ser tratado con tanto rigor?

¿Merece acaso aquel que lo crucifica, que lo abandona, que lo traiciona, su perdón?

El perdón del Cordero de Dios, a través del sacrificio de la cruz, es su misión.

No importa que no lo merezca. Es tan grande su entrega, es tan grande su sacrificio, que el cielo y la gloria, para toda la humanidad, por su bendita sangre, Él mereció.

Y lo justo es darle al Señor lo que merece, lo que es suyo.

El Señor merece la conversión de todos los hombres.

Todos los hombres necesitan conversión, también los sacerdotes.

Yo diría que para ellos es un deber, una obligación: convertir constantemente su corazón, volverse a Dios todos los días, porque en el mundo hay mucha distracción.

Deben hacer examen de conciencia, meditar la Palabra de Dios, y, por supuesto, acudir al sacramento de la reconciliación, que deben procurar con constancia.

Una mujer laica y un sacerdote fueron los testigos de la pasión, crucifixión y muerte del Señor, y fueron también los testigos de su resurrección: María Magdalena y Juan, el discípulo amado. Llevar al mundo la buena nueva del mensaje de salvación fue su misión.

Su testimonio sigue vigente, sigue presente hasta el día de hoy.

Hijo mío: queda poco tiempo, y el mundo necesita aceptar la redención, decirle “sí” al Señor, y subirse al arca de salvación.

Sufre mi corazón doloroso por aquellos hijos míos que no desean ser parte de la santa Iglesia, porque, así como el arca de Noé se cerró, y los que no quisieron subir se quedaron fuera, así será la justicia divina en el último día.

El triunfo de mi Inmaculado Corazón se consigue a través de la conversión, primero de mis hijos sacerdotes, y, a través de ellos, del mundo entero.

Mi Corazón Inmaculado triunfará, y todo este dolor cesará.

¡Muéstrate Madre, María!

(En el Monte Alto de la Oración, n. 30)

OTRAS ORACIONES Y REFLEXIONES

La Compañía de María 
Madre de los Sacerdotes